7413

LA MUERTA

CUADRO DRAMATICO

ESCRITO EN CATALÁN POR

POMPEYO CREHUET

traducido al castellano por

JOSÉ PABLO RIVAS



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1905

16

Al distinguido actor D. Francisco Tressols.

Su affmo amigo y S. S. q. s. m. b.

José Pablo Rivas

LA MUERTA

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

LA MUERTA

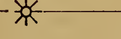
CUADRO DRAMÁTICO

escrito en catalán por

POMPEYO CREHUET

traducido al castellano por

JOSÉ PABLO RIVAS



MADRID

R VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP,º
Teléfono número 551

—

1905

AL EMINENTE ACTOR

Enrique Borrás

CARACTERES DE LOS PERSONAJES

Eloy, infeliz degenerado de edad indefinida. Hijo de

Jaime, hombre de unos cuarenta años. Habiendo vivido largo tiempo dominado por el hechizo de una mujer viciosa, ahora que ha sufrido una fuerte conmoción moral, se transfigura y redime. Es hijo de

Ramón, viejo resignado y débil. Después del arrepentimiento de Jaime, siente una alegría inmensa que parece devolver á su ánimo toda la esperanza perdida.

La Antonia, vecina servicial y honrada. En el fondo es un pedazo de pan, pero grita y se enfada á menudo.

La Rosa, viuda joven, llena de salud y con la cabeza á pájaros. Es desvergonzada, sin pizca de espíritu, de gordura lozana y proporcionada.

Teresa, veintidós años. Sencilla y buena. Sobrina de Antonia.

Esta obra se representó por primera vez en el teatro de la Comedia, la noche del 10 de Enero de 1905, bajo el siguiente reparto: *Eloy,* señorita Bremón; *Jaime,* señor Borrás; *Ramón,* señor Lliri; *Antonia,* señora Caro; *Rosa,* señorita Catalá; *Teresa,* señorita Colorado.

Director artístico, Don Enrique Borrás.

Derecha é izquierda las del actor.



ACTO ÚNICO.

A	*sillas*
B	*aparador*
C	*sofá*
D	*mesa*
a	*escalera*
b	*puerta*
c	*cocina*
d	*forillo liso*

674519

Comedor de menestral. En el fondo una puerta que conduce al recibimiento. A la derecha una escalera de la que se ven algunos peldaños. A la izquierda otra puerta por la que se va á la cocina. A la derecha de la puerta del fondo un aparador. Adosado á la pared un sofá de Vitoria. Sillería de lo mismo. En primer término una mesa. Cuelga del centro del techo una jaula con un canario. Todas las cosas respiran cierto desorden, como si echasen de menos la mano cariñosa que en otros tiempos sabia ordenarlas. Desde la calle entra la luz del atardecer. Se extiende perezosa por el recibimiento y llega hasta el comedor con tonos débiles y apagados. Silencio prolongado. Trastean en la cocina. Después se oye que alguien baja la escalera pesadamente y poco á poco. Entra Eloy.

ESCENA PRIMERA

ELOY, ANTONIA; después TERESA

ELOY (Repitiendo angustioso.) ¡Madre!... ¡Madre!... ¡Madre!... (Pausa. Se oye trastear en la cocina. Eloy se restriega los ojos mirando en torno suyo y se sienta. De pronto trepa sobre una silla y descuelga la jaula del canario.) ¡Madre!... (Sale Antonia de la cocina, los brazos arremangados y cubierta de sudor.)

ANT. ¿Qué haces? ¡Deja el canario!

ELOY ¡Hala! ¡A trabajar, gandula!

ANT. Que lo dejes te digo. (Va á quitarle la jaula.)

ELOY (Resistiéndose.) ¡Hala, hala! ¡Es mío!

ANT. Se lo diré á tu padre.

ELOY ¡Hala! El canario es mío. ¡Maldita sea!... (Levanta un brazo, amenazándola.)

ANT. Hay que dejarte en paz porque te falta un tornillo. (Defendiéndose.)

ELOY A usted le falta...

ANT. ¡Estate quieto! (Desasiéndose de él.) Mira, haz lo que quieras, pero un día te vas á romper la crisma subiéndote por las sillas.

ELOY Bueno. ¡El canario es mío!

ANT. ¿Quieres que te lo fría para cenar? (Rompe á reir largamente mientras va saliendo de la estancia.)

ELOY ¡Vieja! ¡Vieja! ¡Más que vieja!

ANT. (Cesando de reir de golpe.) ¡Te planto los cinco dedos en la cara si no te callas!

ELOY ¡Ay! (Acurrucándose, viendo ya el golpe encima de su cabeza.) ¡Madre!... ¡Madre!...

ANT. Sí, llámala ahora... (Entra Teresa, que llega de la calle, muy silenciosa, casi de puntillas.)

TER. ¿Qué hay?

ANT. Nada. Que este simplón no parará hasta que se rompa algo. Desde que nadie se cuida de tí, estás inaguantable... Ya te metería yo en cintura si cayeras en mis manos.

TER. Déjelo usted, tía. ¿No ve usted que...? (Llevándose el dedo á la frente.)

ELOY (Notándolo.) ¡La simple eres tú!

ANT. ¿Lo ves? Defiéndelo. Yo creo que tiene más malicia que otra cosa.

TER. Dios nos libre á nosotras. (Pausa. Eloy pone la jaula sobre la mesa y se queda largo trecho como embobado.)

ANT. ¿Qué te haces?

TER. Ya lo ve usted... ¿Y ustedes?

ANT. Preparo la cena; creo que ya no pueden tardar.

TER. ¿Aún no han venido?

ANT. No, y me sorprende. De aquí al cementerio la distancia no es tan larga... Se habrán entretenido.

TER. Quizás.

ANT. ¿Has pasado por casa?

TER. Sí.

ANT. ¿Y qué?

TER. Se las componen como pueden... Por un día...

ANT. Hija, no he querido abandonarlos en un trance como éste. ¿Cómo se las hubiera compuesto Jaime?

TER. Tiene usted razón. ¡Pobre hombre!

ANT. Aunque, á decir verdad, no es muy digno de que le compadezcan.

TER. Hablemos de otra cosa. ¿Me necesita usted para algo?

ANT. No.

TER. ¿Ha hecho usted las camas?

ANT. Hace rato. (Reparando en la maniobra de Eloy.) ¿Vuelves á las andadas?

ELOY ¡El canario es mío! (Sopla el comedero.)

ANT. Eso es: ensúciame el comedor... ¿Crees que no me ha costado nada barrerlo?

TER. ¡Vete á la cocina, hombre!

ELOY No quiero.

ANT. Testarudo, más que testarudo. Pero no te reirás de mí, ¡te lo juro! Estoy esperando á que venga tu padre para contárselo.

ELOY ¡Me río de mi padre!

ANT. Menuda paliza te espera si llega á verte haciendo porquerías. (Pausa. Eloy de pronto, coloca el comedero en su sitio, coge la jaula con mucho cuidado y se dirige á la cocina.)

TER. ¿Adónde vas?

ELOY A la cocina... esa vieja...

ANT. ¿A quién llamas vieja? (Haciendo ver que le persigue. Eloy se va lloroso, chillando y corriendo.) No vayas á tirarme las cáscaras en la cazuela, ¿oyes?

ELOY ¡Hala, viejota!

ESCENA II

ANTONIA y TERESA

TER. (Yendo á sentarse á la izquierda de la mesa) ¡Pobre chico!

ANT. ¿Has oído? ¡Me río de mi padre! Y echa á correr... Te aseguro que lo que es Jaime ha conseguido atemorizar al chico. (Se ríe.)

TER. Da lástima... Y usted le regaña demasiado.

ANT. Si es terco hasta más no poder.

TER. El no tiene la culpa de ser como es. Apenas se ha fijado en lo que ha pasado aquí.

ANT. Tienes razón... sí, tienes razón. ¡Pobre Mariana!

TER. ¿La vió usted morir?

ANT. No, hija. ¡Dios me libre! No estoy hecha á tales tragos.

TER. Dicen que Jaime está muy trastornado.

ANT. Así parece. Sin embargo, yo no creo en sus extremos de dolor. (Saca los manteles de uno de los cajones del aparador.)

TER. ¿Y por qué no?

ANT. (De pie junto á la mesa empieza á poner los manteles.) Las cosas claras. ¿Quién ha matado á Mariana más que Jaime? ¡Si ha sido una mártir! ¡Si toda su vida no ha hecho más que consumirse!

TER. Tiene usted razón

ANT. ¿A qué vienen, pues, esas desesperaciones de última hora? Comedia, chica, y de la fina.

TER. Puede que sí.

ANT. No lo dudes. Si sus lágrimas fuesen verdaderas, á buen seguro no habría llevado una vida semejante. (Saca los cubiertos del aparador.)

TER. Esa mala mujer ha sido la perdición de esta casa.

ANT. (Coloca los cubiertos sobre la mesa.) ¡Maldita! Pero ella no tiene toda la culpa, no. Si Jaime hubiese sido un hombre, no se habría dejado embaucar.

TER. Es muy extraño todo lo que ha pasado, ¿no es verdad, tía?

ANT. (Sentándose á la derecha de la mesa.) Eres un alma de Dios. ¡Cómo se conoce que empiezas ahora á vivir!

TER. ¡No tanto!. . ¡Tengo veintidós años!

ANT. Y estás casada y todo lo que tú quieras. Pues mira, para mí, como si llevases pañales. ¡He visto mucho en este mundo, Teresa! Calcula si habré visto, que ni lo que ha pasado aquí me coge de nuevo.

TER. ¡Mire usted que un hombre casado, con hijo á quien querer y padre que respetar, enredarse de tal suerte con una perdida como Rosa!

ANT. Es lo más natural.

TER. No sé por qué.

ANT. No lo dudes. Es decir, natural, natural... Siendo Jaime como es y viniendo las cosas como han venido rodadas.

TER. ¡Ah!... ¿usted lo sabe?

ANT. Somos antiguos vecinos, de modo que lo sé todo al dedillo... Se casaron enamorados á más no poder; al menos así lo parecía. Los primeros años todo anduvo á qué quieres

boca, ¿sabes? Igual que tú y que tu marido ¡vaya!

TER. Pues ¿entonces?

ANT. Nada, que con el tiempo, sin saber cómo ni por qué comienzan á enfriarse. Figúrate tú si se cuidarían de disimularlo, que hasta yo lo noté.

TER. ¡Qué horror! Es que Jaime ya debía estar enredado con Rosa.

ANT. Todavía no. No corras tanto. Era otra cosa. Deseaban un hijo y el hijo no venía; y entretanto todo eran monos y malas caras.

TER. Ya... Pero ¿qué culpa tenía Mariana?

ANT. ¿Y á mí que me cuentas?

TER. Siga usted.

ANT. Todo eran monos y malas caras, cuando cátate que, de repente, se sabe que Mariana iba á ser madre, y todo cambia de sopetón. ¡Si hubieses visto la alegría de Jaime! Su mujer era todo para él. ¡Ni la custodia está mejor guardada!

TER. Y nació Eloy.

ANT. Figúrate, ¿eh? Después de tan largo tiempo de espera y de tan ansioso afán, nace un hijo contrahecho y simple por añadidura.

TER. ¡Qué desgracia!

ANT. (Levántase y se dirige al aparador sacando las servilletas) Sí, chica; has adivinado. De ahí viene todo. El idiota ha sido la maldición de esta casa.

TER. ¡Pobre inocente!

ANT. (Coloca las servilletas.) ¿Qué quieres? ¡Jaime se había forjado tantas ilusiones respecto de su hijo!

TER. Y entonces...

ANT. Sí. Entonces comenzó á tratar á Rosa. ¡Y si vieras qué locura le entró! No se acordaba de nadie más que de ella. Y cuidaron tan poco de ocultarse que en cuatro días lo supo todo el pueblo.

TER. ¿Y Mariana?

ANT. ¡Pobrecilla! Sufría y callaba, reconcentrando todo su cariño en el hijo aborrecido.

TER. Y Jaime continúa aborreciéndole.

ANT. Nunca lo ha podido ver. ¡Qué sufrimiento para una madre! ¿verdad?

TER. ¡Que en gloria esté!

ANT. Pues si ella no está, menudo es el fuego que nos espera.

TER. ¿Pero el abuelo no veía lo que pasaba?

ANT. Parecía haberse vuelto mudo. Todo lo veía, pero callaba como un muerto.

TER. Siempre ha sido así.

ANT. Como un chiquillo. Su hijo lo ha dominado siempre. Ramón delante de Jaime nunca se ha atrevido á decir: esta boca es mía.

TER. Pero Ramón es muy bueno.

ANT. ¡Ya lo creo! Y mucho que quería á su nuera. ¡Lo mimaba tanto, la pobre! Mientras Jaime hacía de las suyas, ella cuidaba con el mismo amor del hijo idiota y del pobre viejo. No hay palabras conque ponderar el sacrificio de Mariana.

TER. ¡Y tan mal como se lo han pagado!...

ANT. Pero en verdad que ya ha sufrido Jaime el castigo que se merecía. Nuestro Señor ha comenzado á castigarle en vida. Rosa es una mala cabeza.

TER. ¡Ya lo creo!

ANT. Si supieras lo que á Jaime le han hecho padecer los celos.

TER ¿Cree usted que la quiere?

ANT. ¡Qué se yo! Lo que sé es que Rosa es de todo el que sepa derrochar su dinero. ¡Imagínate tú qué martirio para un celoso!

TER. Le está muy bien empleado por tonto.

ANT. Y no consiste en eso sólo el martirio de Jaime. ¿Sabes de qué ha muerto Mariana? De un nuevo disgusto á causa de Rosa.

TER. ¿De veras?

ANT. ¿Y sabes cómo ha muerto? ¡Con un hijo en las entrañas! ¿Qué te parece? ¿Ves como Dios castiga sin palo ni piedra?

TER. ¡He aquí por qué Jaime está tan desesperado! ¡Tanto deseo como tenía de un hijo, y cuando viene, le arrancan de cuajo la esperanza!

ANT. Pues por eso ha llorado. Nada más que por

eso. ¡Pobre Mariana! ¡Cuánto bien le hizo Dios! (*Levántase y pasa á la derecha de la mesa.*)

TER. Tía, no hablemos más de esto, porque acabaríamos por entristecernos.

ANT. No faltará quien se alegre, no tengas cuidado. Este mundo es así. Unos ríen y otros lloran. ¡Y con qué gusto debe de reirse esa perdida!

TER. ¿Qué quiere usted decir?

ANT. Que le han dejado á Rosa el campo libre. A estas horas ya se ve con el vestido de novia, camino de la vicaría. ¿Me explico? De algo le han de valer tantos años de buenos servicios.

TER. Es usted mal pensada.

ANT. Es que pongo el dedo en la llaga. Ya me lo dirás muy pronto. A Rosa le ha tocado la lotería. Dentro de poco, la veremos dueña de esta casa.

TER. Sería demasiado.

ANT. ¡Chica, peores cosas he visto! Ya hablaremos cuando peines canas. Recuérdamelo.

TER. Aun hay para rato.

ANT. Se ha salido con la suya.

TER. Pero los muertos cláman venganza.

ANT. Mariana los ha perdonado á todos.

TER. Hay cosas que no se perdonan ni en la otra vida. (*Se queda pensativa.*)

ESCENA III

DICHAS y ELOY. Entra Eloy con la jaula limpia, muy receloso. Se ve que maquina algo. Teresa va á sentarse á la derecha primer término

ANT. (*Acercándose á Eloy.*) ¿Ya vienes de hacer de las tuyas? ¿En dónde has tirado las cáscaras?

ELOY ¡Ni media ha caído en la cazuela!... ¡Ni media! ¡Están en la basura las cáscaras!

ANT. ¿Te vuelves limpio, por lo visto?

ELOY ¿Verdad que soy buen chico?

ANT. Si no me engañas...

ELOY — No miento, no. (Hace la cruz con los dedos y la besa.) ¿Verdad que soy buen chico?

ANT. — ¿En qué piensas, Teresa?... ¿Oyes lo que te digo? (Dándole un golpecito.)

TER. — (Sobresaltándose.) ¡Ay! En nada.

ANT. — No te preocupes, mujer. Tampoco lo hemos de arreglar.

TER. — Es cierto. (Yendo hasta el foro.)

ELOY — (A la Antonia, presentándole la jaula.) ¡Oiga! ¡Oiga!

ANT. — ¿Qué me enseñas? Me sé ya de memoria á tu canario.

ELOY — ¿Verdad que está limpia la jaula?

ANT. — Como la plata.

ELOY — ¡Ni media ha caído en la cazuela!

ANT. — Me alegro, hombre.

ELOY — Tome.

ANT. — ¿Qué me das? ¿Crees que no estoy más que para tenerte la jaula?

ELOY — Cuélguela.

ANT. — ¡Anda! ¡Anda! ¿De cuándo acá tienes seso?

ELOY — Cuélguela usted. No está bien que se suban los chicos.

ANT. — Eloy se ha vuelto juicioso, Teresa.

ELOY — ¿Verdad que soy buen chico? Cuelgue la jaula.

ANT. — Así me gusta, que tengas miedo de subirte sobre las sillas. Para tí haces, no creas. (Entregando la jaula á Teresa.) Ten, chica, tú que estás más ágil, cuélgala.

TER. — (Colgándola.) Eres muy buen chico, Eloy. (Eloy se sienta muy pensativo, junto á la mesa.)

TER. — Ya no se ve.

ANT. — Habrá que encender la luz. (Se dirige á la puerta de la izquierda, pasando por delante de Eloy.)

ELOY — Oiga, Antonia. (Cogiéndole la falda.)

ANT. — (A Teresa, en actitud de salir.) Vuelvo en seguida.

ELOY — Oiga, Antonia.

ANT. — Déjame, que no estoy para cuentos.

ELOY — (Enfadado.) ¡Le digo á usted que me oiga! (Ella accede al fin.) ¿Verdad que soy buen chico?

ANT. — ¿Cuántas veces lo vas á preguntar? Sí, mucho.

ELOY ¿Le dirá usted á mi padre que soy buen chico?

ANT. ¿Oyes, Teresa? Hé aquí por qué nos ha hecho colgar la jaula. Para que no descubramos sus picardías. ¡Ah, pícaro!

ELOY ¿Le dirá usted á mi padre que he sido buen chico?

TER. Sí, Eloy, sí; no tengas cuidado.

ELOY ¿Se lo dirá, Antonia?

ANT. ¡Ya lo creo! Y en cuanto llegue, ¿quieres que se lo diga en seguida?

ELOY Sí.

ANT. Pues suelta mis sayas. Vas á oir las alabanzas que voy á hacerle de tí... ¡Ah! oye, ¿ya sabes que me has llamado vieja?

ELOY No lo haré más.

ANT. Entonces seremos amigos.

ELOY ¡Si aún es usted una jovencita!

ANT. No, hijo; ni tanto ni tan poco, ¿estás?

ELOY Ni tanto ni tan poco.

ANT. Eso es. Me voy, ó si no nos quedaríamos á obscuras.

ELOY No se olvide usted de decírselo á mi padre. ¿Oye?

ANT. Cuando empiezas eres pesado de veras. (Se va por la izquierda. Obscurece.)

ESCENA IV

TERESA y ELOY. Después ROSA. Luego ANTONIA

ELOY (Pausa. Teresa, cada vez está más pensativa. Eloy, sentado en una silla baja, sonríe estúpidamente. Después, viendo que no le dicen nada se pone á cantar:)

¡El padre... y la madre...
mirondón... mirondón... mirondela...

TER. ¡Eloy! (El sigue cantando.) ¡Eloy!

ELOY ¿Qué?

TER. No cantes que no es hora.

ELOY No canto. (Calla, contrariado.)

TER. ¿Quién te ha enseñado esa canción?

ELOY Mi madre. ¿Ya sabe usted que se ha muerto mi madre?

TER. Sí, ya lo sé.

ELOY Mi abuelo y mi padre están en el cementerio.

TER. ¿Y tú no has ido?

ELOY No ha querido mi padre.

TER. ¿Por qué?

ELOY ¡Bueno! Ya le dirá usted cuando vuelva que he sido buen chico, ¿no es cierto?

TER. ¿Por qué quieres que se lo digamos?

ELOY Porque así no me pega.

TER. ¿No te quiere?

ELOY ¡Bueno! ¿Se lo dirá usted?

TER. ¿Nunca te da ningún beso?

ELOY ¡Ni ganas! Madre sí que me da besos. Y llora mucho mi madre... ¿Ya sabe usted que se ha muerto mi madre?

TER. Sí, hombre. ¿Y el abuelo, te quiere?

ELOY El abuelo nunca dice nada. (*Nerviosamente y con frases entre cortadas por sollozos.*) Yo quiero ir al cementerio.

TER. ¿Y eso? ¿No sabes que de noche salen las brujas?

ELOY (*Dando un grito, lleno de lágrimas.*) ¡Madre!

TER. (*Espantada.*) ¿Qué te pasa, Eloy?

ELOY ¡Mi madre se ha muerto! ¡Se ha muerto! (*Sollozando.*) ¡Madre!... ¡Madre!

TER. ¡Pobre chico! (*Se enjuga una lágrima. Obscurece por completo. Viene Rosa de la calle, parándose entre la puerta y el forillo.*)

ROSA ¿No hay nadie?

TER. ¿Quién es?

ELOY (*Exaltándose y acurrucándose en el ángulo de la derecha.*) ¡Uf! ¡Uf!

TER. ¿Quién es, Eloy, que no veo?

ELOY ¡Uf! ¡Uf! La mujerzuela. La mala mujer. ¡Uf! ¡Qué asco!

TER. (*Adivinando quien es y dirigiéndose á la puerta de la izquierda.*) ¡Buena la hemos hecho! ¡Antonia! ¡Antonia!

ANT. (*Saliendo de la izquierda, con una luz encendida.*) ¡Buenas noches!

ROSA ¡Buenas noches, Antonia!

ANT. (*Muy sorprendida.*) ¡Ah! ¿Eres tú, Rosa?

ROSA Yo misma. ¿A qué viene esa extrañeza?

ANT. La verdad, sí que me sorprende. ¿Cómo no has venido más pronto? Créeme que hacías falta.

ROSA ¿Se quiere usted burlar de mí, Antonia?

ANT. Dios me libre, hija mía. Siéntate, siéntate, sin cumplidos. Como si estuvieses en tu casa.

ROSA ¡Gracias por la atención, señora ama!

ANT. Ordena y manda.

ROSA ¡Ah! ¡Si yo pudiese! Saldría usted de aquí en seguida.

ANT. Con tal de que no seas tú la que salgas. (Exaltándose.)

TER. ¡Tía! (Suplicante.)

ANT. ¡Qué humos gastamos, mujer!

ROSA Eso usted, que parece que es la que lleva la sartén por el mango en esta casa.

ANT. ¡No lo creas! Te cedo el honor.

TER. ¡Tía! Piense usted que nosotras...

ANT. No somos nadie, ya lo sé. Hemos de hacer los honores á la señora, tienes razón. Eloy, ofrécele una silla á la señora.

ELOY ¿Yo una silla? ¿Yo una silla? ¡Uf! ¡Uf! ¡La mujerzuela! ¡La mala mujer!

ROSA Simple. ¿De quién has aprendido esas palabrotas?

ANT. ¡Pues no faltaba más! ¡Anda, quítate la gorra! ¿No oyes lo que te digo? ¡Quítate la gorra!

ROSA ¿Y por qué no?

ELOY ¿Simple yo? ¿Simple yo? ¡Usted sí que es la simple! ¡Y la ladrona! ¡Y todo! ¡Maldita sea!

ROSA (Después de mirarle amenazadora, rompe á reir.) Tienes suerte de que me das lástima.

ANT. Y en verdad que te la puede dar.

ROSA Pero en cambio, usted no me da ninguna. Y si viene en son de guerra no seré yo la que proponga la paz ¡A ver! ¿Qué quiere usted?

ANT. ¡Que dejes en paz á los muertos!

ROSA ¡Si será tonta! Yo siempre voy á los vivos.

ANT. No te ufanes mucho. Los muertos pueden salirte al paso.

ROSA No hay miedo.

ANT. Porque te las hás con un atajo de simples. ¡Tienes suerte!

ROSA ¿Busca usted escándalo? ¡Pues le juro que han de oirnos los sordos!

ANT. Lo mismo me da.

ROSA Como no tiene usted nada que perder...

ANT. Lo que tú perdiste hace ya tiempo. ¡La vergüenza! ¿Quién habla, Teresa? ¿No la oyes?

TER. ¡Basta! ¡Basta! Pueden llegar de un momento á otro y...

ROSA ¡Ah! ¿Aun no han vuelto del cementerio? ¡He aquí por qué tiene usted tantas agallas!

ANT. ¡Ya sé que tienes quien te defienda, no hace falta que me lo digas!

ROSA ¿Es envidia ó caridad?

ANT. ¡Maldita la que te tengo! ¡Valiente oficio es el tuyo!

ROSA Es más honrado que el de usted.

ANT. Esto pasa ya de la raya. (Va á echársele encima.)

TER. (Conteniéndola.) Tenga usted prudencia, Rosa.

ROSA (Riendo.) No he sido yo la que he empezado.

TER. (En voz baja á Antonia.) Tenga usted en cuenta que no sabe lo que se dice.

ANT. ¡Acabaría por insultarme!

TER. No le dé usted tanta importancia.

ANT. Tienes razón. Al fin y á la postre no es ella la que tiene la culpa. (Pausa.) Voy á por los platos.

ROSA (Con burla.) Si le estorbo á usted...

ANT. (Conteniéndose.) Lo que es á mí... (Entra y sale poniendo los platos.)

ROSA (A la Teresa.) ¡Qué mujer más extraña!

TER. Es muy buena la tía.

ROSA Pero muerde.

ANT. Debe de ser tarde.

TER. Yo me voy. Ya me he entretenido demasiado.

ANT. Espera á que vengan. No me dejes sola.

TER. ¡Paciencia! (Se había levantado y vuelve á sentarse.)

ROSA Antonia habla como si aquí no se quedase nadie.

TER. ¿Otra vez?

ROSA Me callo.

TER. Así, mujer, siéntese.

ROSA No habrá más remedio. (Coge la silla baja en que antes se había sentado Eloy.)

ELOY ¡Hala, hala! ¡La silla es mía!

TER Coja usted otra.

ROSA Sí, ahora mismo. Si se han propuesto ustedes reirse de mí, se han equivocado. ¡Deja la silla!

ELOY ¡Hala! ¡Es mía! ¡Hala! Siéntese usted en el suelo.

ROSA ¡O me dejas ó te pego! (Luchando por quitársela.)

TER ¡Rosa!

ROSA ¿No? ¡Pues no me da la gana! (Deja de luchar y se sienta pacíficamente.)

TER ¡Qué ganas tiene usted de mover guerra!

ROSA ¡Ustedes! Y ese idiota que se ha aprendido muy bien la lección. Pero no le valdrá.

ELOY ¡La silla es mía! ¡Hala! ¡hala! (Lloroso, fuera de sí, se esfuerza en quitársela.)

ROSA ¡Si me haces caer, te acordarás del santo de mi nombre!

TER. Siéntate en otra, Eloy.

ELOY ¡Es la mía! ¡Es mía esa silla!

ROSA ¡Eres terco!

ELOY ¡Terca, tú!

ROSA Todo esto lo sabrá Jaime.

ELOY ¿Jaime? ¿Jaime? ¡Mi padre es de mi madre! ¡La silla! ¡Hala! ¡Es mía! ¡Mala mujer!

ROSA ¡Calla, ó...!

ELOY ¡Ladrona!

ROSA ¡Que calles te digo! (Muy excitada.)

ELOY ¡Ladrona! ¡Mi padre es de mi madre!

ROSA (Dándole una bofetada.) ¡Y esto es tuyo!

ELOY ¡Maldita sea! (Rompe á llorar furioso.)

TER (Indignada.) ¡Rosa!

ANT. ¡Déjala! ¿Qué te imaginabas? Por algo le ha de ser madrastra. Ya empieza pegando, ¿no lo ves?

ROSA (Dirigiéndose á la Antonia.) Y usted...

ELOY (Levantando en vilo la silla.) ¡Le he de romper á usted la cabeza!

TER. (Conteniéndole, á duras penas.) ¡Eloy, Eloy!

ELOY ¡Ladrona! ¡Ladrona! ¡Mala mujer! ¡Mujerzuela! ¡Uf! ¡Qué asco!

ROSA ¡Si no me lo quitan de delante, lo mato!

ELOY ¿Matar? ¿matar? ¡Yo si que la mataré á usted! ¡Cuatro palmos bajo tierra, la he de ver! ¡Ladrona!

ANT. Créeme, Rosa, empiezas demasiado pronto á ser el ama. Has de buscar quien te defienda, si quieres mandar en esta casa.

ESCENA V

DICHOS, JAIME y RAMÓN, preocupados y silenciosos

ANT. Ya están aquí. (Corre á calmar á Eloy.)

ROSA Ya lo creo que me defenderán, y pronto que lo ha de ver usted. (Corriendo al encuentro de Jaime.) ¡Jaime!

ANT. Tu padre, Eloy, ¡calla! (Eloy se queda de repente inmóvil, como sobrecogido de espanto. Toda su energía anterior, desaparece de pronto, y sonríe estúpidamente.)

ELOY Mi padre... Sí...

TER. No puedo ver estas cosas. (Se mete en el recibimiento.)

ROSA ¡Jaime!

JAIME ¡Ah! ¿Eres tú?

ROSA Dispénsame, si hasta ahora...

JAIME Sí, sí, déjame tranquilo.

RAM. (Entrando en el comedor y fijándose en la conversación murmura) ¡El cuervo! ¡El cuervo! ¡Siempre los cuervos! ¡Pobre Mariana!

ANT ¿Quiere usted cenar?

RAM. Aún nó. ¿No ve usted?

ANT. ¿Ha pasado algo?

RAM. Que nos han seguido los cuervos. ¿No oye usted cómo chillan? ¡Pobre Mariana!

ELOY ¡Abuelo!

RAM. Ven, hijo mío, ven. Dejemos á esos.

ANT. ¿Y la cena?

RAM. Ya cenaremos más tarde. Deje usted que huya el pajarraco negro.

ELOY ¡Mi madre!

RAM. Está en el cielo, la pobre. (Cogiéndole por un brazo, suspira.) ¡Vámonos arriba, Eloy, vámonos! ¡Cómo vamos á echar de menos, los dos, á tu pobre madre! (Desaparecen, escaleras arriba.)

ANT. Pues yo me llego hasta casa. (A Jaime.) Pero volveré.

JAIME — Haga usted lo que quiera, Antonia.

ANT. — (Encontrando á Teresa en el recibimiento.) ¿Me acompañas?

TER. — Sí. (A los de dentro.) ¡Buenas noches!

JAIME — Y gracias por todo, Teresa.

TER. — No vale la pena. (A Antonia.) ¿No va usted á volver?

ANT. — En cuanto pueda. (Señalando á Rosa y queriendo decir: «En cuanto ella se haya marchado.» Se van Teresa y Antonia.—Pausa.)

ESCENA VI

ROSA y JAIME

JAIME — (Enérgico.) Y bien, ¿qué quieres?

ROSA — Yo venía...

JAIME — (Irónico.) ¿Vienes á darme el pésame?

ROSA — ¡En qué tono me hablas hoy!

JAIME — Dí, ¿qué quieres?

ROSA — Veo que te estorbo. Volveré cuando se hayan disipado las nubes que obscurecen tu cerebro.

JAIME — No han de disiparse tan fácilmente.

ROSA — ¿Qué quieres decir?

JAIME — Nada.

ROSA — ¡Adiós, entonces!

JAIME — ¡Adiós! Es lo mejor que puedes hacer, marcharte.

ROSA — ¿Me echas? (Llevándose el pañuelo á los ojos, se va poco á poco. Después se vuelve á observarlo. Jaime se queda pensativo y cabizbajo, con los brazos pendientes.—Pausa.)

JAIME — (Como hablando consigo mismo.) ¡Muerta!

ROSA — (En voz muy baja lo llama.) ¡Jaime! (El no contesta. Lo llama más fuerte.) ¡Jaime!

JAIME — ¿Aún estás aquí? ¡Déjame, te digo!

ROSA — Escúchame, Jaime. Ya sé que no me he portado bien contigo. Debía haber venido cuando ella estaba aquí.

JAIME — (Como la vez anterior.) ¡Muerta!...

ROSA — (No comprendiendo el verdadero significado de las pa-

labras de Jaime.) Sí, muerta; pero ya lo ves, no me he atrevido... Perdóname...

JAIME ¿Te daba miedo?

ROSA ¿Miedo? .. ¿De qué?

JAIME Es que daba miedo; créeme. Blanca como la cera, y con los ojos abiertos...

ROSA Los muertos no me asustan.

JAIME Pues yo tiemblo de los pies á la cabeza... (Castañeteando los dientes y extendiendo la mano temblorosa) ¡Mira!

ROSA ¡Pobre Jaime! No debías haber ido al cementerio.

JAIME (Con sequedad.) ¿Por qué?

ROSA Porque... te has conmovido demasiado.

JAIME (Con amargura.) ¿Te ríes?

ROSA (Desconcertada.) ¿Yo?

JAIME (Repitiendo las palabras de Rosa, maquinalmente.) Porque te has conmovido demasiado... ¡Está de broma Rosa, como hay Dios!

ROSA No te entiendo. (El la contempla con expresión indefinida. Pausa. Después habla con tono decidido.)

JAIME No hagas más la comedia, Rosa. Dí que te alegras de la muerte de Mariana.

ROSA ¿Pero, te has vuelto loco?

JAIME ¡Dilo! ¡Quiero que lo digas! ¡Porque te lo estoy leyendo en los ojos! ¡Porque lo adivino en todos tus gestos! (La coge por las manos.) ¡Dilo! ¡Dilo!

ROSA ¿Qué tienes? ¡Me causas pavor!

JAIME ¡Mi Rosa! ¡Mi Rosa! ¡Dime que te alegras! ¡Que así eres mía, más mía que nunca!

ROSA ¡Jaime! ¡Jaime! (Dejándose acariciar.)

JAIME ¿Verdad que era un estorbo para nosotros aquella... mujer? ¡Mira, ahora, en mi misma casa, en su casa, te tengo entre mis brazos!...

ROSA (Mirándole fijamente, victoriosa y risueña.) ¿No te gusto? (El hace por apartarla de sí, pero ella le echa los brazos al cuello) ¡Jaime!

JAIME (Furioso, fuera de sí, la rechaza con desprecio.) ¡Vete! ¡Déjame! ¡Que tus brazos me ahogan! ¡Nos han ahogado á todos! ¡A todos!

ROSA (Contemplándole con espanto.) ¡Jaime!

JAIME ¡Ríete, perdida, ríete! ¡Cantémosle á la po-

bre Mariana y al niño que iba á nacer un responso de risas! (Rosa, no sabiendo qué decir ni qué pensar, se va escurriendo hasta el recibimiento.) Tienes razón; me he conmovido demasiado en el cementerio. No hagas caso.

ROSA ¡Buenas noches!

JAIME ¡Rosa!

ROSA Me voy. Ya nos veremos cuando vuelvas á ser el Jaime de antes. Hoy pareces un chiquillo. Por eso te perdono.

JAIME No te pido perdón.

ROSA ¡Que descanses! (Yéndose.)

JAIME ¡Ven! (Yendo hacia ella y cogiéndola por los brazos.) ¡No quiero que te vayas! ¿Oyes? ¡Quiero decirte todo lo que siento!... ¡Quiero que me comprendas y quiero comprenderte! ¡Que todavía no sé lo que escondes en tu alma!

ROSA ¡Deliras!

JAIME Hoy siento como si me arrancasen una venda de los ojos, y quiero que me ayudes á acabar de arrancármela.

ROSA ¡Déjame ó llamo!

JAIME Llama si quieres. Ya no están los que temían oirnos.

ROSA Vé á descansar, Jaime. Veo que necesitas descanso.

JAIME ¡Que si necesito! No lo sabes bien... Es lo que quiero, descansar, aun cuando sea demasiado tarde... ¡Ven aquí, á la luz!

ROSA ¡Que me haces daño!

JAIME ¡Así, que te vea!... ¿Qué dicen esos ojos?... Yo nunca he podido saber lo que dicen... Hasta ahora no comienzo á adivinarlo... ¡Cuánto daño hemos hecho tú y yo! ¡Cuánto daño me has hecho!

ROSA ¡Jaime!

JAIME Mira esta casa... Está fría y desierta... ¡Se siente en ella el frío de la muerte!... Yo lo siento en la médula de los huesos...

ROSA ¡Me llenas de terror!

JAIME ¡Y si me vieses por dentro! Tú no puedes saber lo que ha pasado en mí. He visto á Mariana en el cementerio... Estaba más blanca que nunca y tenía las manos rígidas

é inmóviles, como queriendo proteger al hijo que llevaba en sus entrañas.

ROSA (Luchando para librarse de Jaime.) ¡Basta! ¡Basta!

JAIME ¡Tanto como yo había deseado siempre un hijo para quererlo con toda mi alma!... ¡Y ahora que iba á venir, ahora que Mariana me lo daba llena de gozo, tú y yo nos hemos juntado para enterrarlo antes de que naciera.

ROSA ¡Déjame!

JAIME ¡Por nosotros, por nosotros no ha nacido mi hijo! ¡Por vergüenza y por temor de nosotros no se ha atrevido á abrir los ojos!... ¡Ah! ¡maldita!

ROSA ¡Estás loco! ¡Déjame ó llamo!

JAIME ¡Llama, ladrona! ¡Acaba de robármelo todo! ¡Grita hasta que enmudezcas!

ROSA ¡Me has llamado ladrona!

JAIME ¡Sí, ladrona de mi dignidad! ¡Ladrona de la paz de mi espíritu! ¡Todo me lo has robado! ¡Todo, maldita! ¡Me has convertido en una sombra dolorosa de lo que era! ¡Ladrona! ¡Ladrona!

ROSA (Llamando.) ¡Antonia!

JAIME (Amenazador.) ¡Calla ó te mato!

ROSA (Luchando, temerosa.) ¡No!...

JAIME Y tú en cambio, ¿qué me has dado? ¡Ni un poco de amor! ¡Ni un destello de espíritu!

ROSA (Desprendiéndose de él con un esfuerzo supremo.) Así me tratas, ¡bien hecho! No me quejo... Me está bien empleado por tonta... ¡Pero te acordarás de mí!

JAIME ¡Vete! (Ella, muy encarnada, pone en orden sus cabellos y vestido.) ¡Vete!

ROSA ¿Tienes miedo de oirme? Hasta ahora has hablado tú, y yo hablaré también hasta que me dé la gana.

JAIME ¡Vete, ó...! (Se levanta furioso.)

ROSA ¡Eso es, pégame! ¡No te faltaba más que eso! Todo me lo tengo merecido por tonta. Pero ya me servirá de experiencia. ¡Pégame, hombre! ¿Qué haces cruzado de brazos?

JAIME ¿Quieres desesperarme?

ROSA ¿Así me pagas tantos años de mal emplea-

do cariño? Pero no me engañas, ¡hipócrita! Estás cansado de mí hace ya tiempo, y la muerte de Mariana no te ha servido más que para representar una comedia...

JAIME — (Indignado.) ¡Basta! ¡Sal de esta casa!

ROSA — Eso es lo que tú quieres, habla claro. Si parece mentira que no lo haya visto antes. El imbécil de Eloy comenzó el sainete amenazándome con una silla. Ha repetido todas las palabras de su madre. Ella os ha inoculado su rabia á todos. (Riéndose.) ¡Pero no hay para tanto!... ¡No hay para tanto!... Ya te dejaré á las buenas. Pero te arrepentirás, ¡lo juro! De todo lo que me has dicho te arrepentirás. ¡Como si yo tuviese culpa de la muerte de Mariana! (Ríe de nuevo.) No me hagas reir.

JAIME — ¡Vete, Rosa!

ROSA — ¡Espérate, espérate!

JAIME — ¡Vete! ¡No te quiero ver más!

ROSA — Ya me cuidaré yo de que no me veas.

JAIME — ¡Sal de esta casa, maldita!

ROSA — ¿Y si no me diese la gana? (Encarándose con él.)

JAIME — ¡A golpes y empujones, saldrías! (Fuera de sí la empuja hacia el recibimiento Ella se va riendo.) ¡No te quiero ver más! ¡Nunca más!

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS y RAMÓN. Al final ELOY. Atraído por los gritos, poco antes de terminar la escena anterior, aparece Ramón silenciosamente en los últimos peldaños de la escalera. En su rostro se reflejan una gran emoción y una gran sorpresa

ROSA — (Yéndose, lanza una carjada.) Te has vuelto loco, ya lo veo.

RAM. — ¡Oh! Locura santa que nos trae consigo la salvación.

JAIME — (Dejándose caer abrumado en una silla.) ¡Todo se ha acabado para siempre! (Sale Eloy murmurando.)

ELOY — ¡Madre!... ¡Madre!

RAM. ¡Si hubiese estado aquí la pobre mártir!... ¡Oh! ¡Si te hubiese oído como yo!

JAIME (Sollozando.) ¡Yo la he matado! ¡Yo la he matado!

RAM. No llores, hijo mío, no llores, que ella te perdona desde el cielo.

ELOY ¡Madre!... ¡Yo quiero á mi madre!...

JAIME ¡La he asesinado sin piedad! ¡He asesinado á la madre inocente y al hijo indefenso!

RAM. Yo veo á ambos sonreir en medio de los ángeles.

JAIME ¡Me han dejado solo para siempre!

RAM. No, Jaime, no; te ha dejado á su hijo para que lo quieras como ella lo quería. (Le levanta la cabaza con las manos temblorosas.)

ELOY (Lloroso, yendo de una parte á otra.) ¡Madre!...

RAM. Mira, Jaime, mira al infeliz odiado cómo la echa de menos.

JAIME ¡Mariana!...

RAM. ¡Es tu hijo! ¡Es el hijo de vuestros amores!

JAIME Sí, sí... (Después de un momento de repulsión, lo abraza. Eloy sonríe lleno de sorpresa.) ¡Soy tu padre, Eloy!

RAM. ¡Dale un beso!

ELOY (Estúpidamente.) Sí ..

JAIME Perdóname. (Lleno de arrepentimiento profundo cae de rodillas.) ¡Perdóname!

ELOY Sí. (Padre é hijo permanecen abrazados.)

RAM. (Inefablemente, con los ojos llenos de lágrimas.) ¡Si los vieses, Mariana!...

TELON

Los ejemplares de esta obra se hallan de venta únicamente en el Despacho Central, Arenal, 20.

Precio: UNA peseta